

Testimonio de la fe Luterana

Lección 6

Institución de la Santa Cena

Era el primer día de la fiesta de la Pascua, Jesús y sus discípulos se preparaban para la celebración. Esta vez iba a ser muy diferente a las ocasiones anteriores en que se habían reunido para comer la cena Pascual. Aunque los discípulos ni siquiera se imaginaban lo que iba a pasar, Jesús sí sabía que esta sería la última vez que estaría con ellos en un ambiente de celebración.

La hora había llegado: Él debía completar la obra que había venido a realizar en favor de toda la humanidad. Señor, ¿dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua? Le preguntan y Él les responde: Vayan a la ciudad y allí hay cierto hombre, díganle que el maestro dice: “Mi tiempo está cerca, en tu casa celebraré la Pascua con mis discípulos.”

Efectivamente así lo hicieron, los discípulos fueron como Jesús les ordenó y prepararon la Pascua. La reunión transcurrió sin ningún contratiempo, comieron el cordero pascual con las hierbas amargas acompañado con panes sin levadura y bebieron vino según la costumbre. Recordaron cómo fue que Dios liberó al pueblo judío de la esclavitud en Egipto por medio de Moisés y las 10 plagas que cayeron sobre los egipcios porque el faraón no quería dejar ir al pueblo, incluyendo la de la muerte de los primogénitos, la cual fue la última de ellas y donde Dios protegió todas aquellas casas cuyo dintel estuviera pintado con la sangre del cordero sacrificado con el fin de que el ángel de la muerte pasara por encima y no tocara a los primogénitos de los judíos.

Realmente la fiesta de la Pascua era una manera de recordar este importante acontecimiento de la historia del pueblo judío.

Hablando de todo un poco, quizás alguien haya mencionado lo que recién había sucedido en aquella casa en Betania, donde habían estado de visita y lo extraño de la actitud de aquella mujer que derramó perfume sobre la cabeza de Jesús, los comentarios de indignación que algunos hicieron al ver este desperdicio, según ellos, pero lo que más les intrigó fueron las palabras de Jesús: “Al derramar ésta mujer este perfume sobre mi cuerpo, ella lo hizo para prepararme para la sepultura”.

Estaba casi a punto de terminar la cena, en la mesa habían quedado unas piezas de pan y había vino aún en la copa. De repente sucedió algo que transformó la atmosfera de cordialidad y compañerismo que hasta este momento se había mantenido. ¿Saben una cosa queridos hermanos? Uno de ustedes me va entregar a las autoridades religiosas para que ellos me acusen ante el gobernador.

Los discípulos se pusieron muy tristes, comenzaron a verse unos a otros como queriendo adivinar quién sería el traidor que se atrevería a hacer tal cosa a su maestro. ¿Quién es el traidor? ¿Seré yo maestro? Comenzaron a preguntar uno a uno y Jesús les responde, “El que mete la mano conmigo en el plato, éste me entregará.” En ese momento, uno de ellos terminaba de

llevarse un pedazo de pan a la boca que había mojado en el plato de Jesús.

Inmediatamente Jesús le dice a Judas: “Lo que has de hacer, hazlo pronto.” Ninguno de los demás entendió para qué le dijo esto; porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: “Compra lo que necesitamos para la fiesta”, o que diese algo a los pobres. Cuando tomó el bocado, él salió en seguida; y ya era de noche.

Habiendo terminado la cena, Jesús tomó del pan que había sobre la mesa, lo bendijo; lo partió y lo dio a sus discípulos, y les dijo: Tomen; coman. Esto es mi cuerpo que por ustedes es partido; hagan esto en memoria de mí. Después, tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio diciendo: Beban de ella todos; porque esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada para el perdón de pecados para muchos. Así pues, todas las veces que coman este pan y beban esta copa, mi muerte van a anunciar hasta que yo venga otra vez.

Los discípulos no salían de su asombro y no entendían cuál sería el significado de todo esto, pero participaron del pan y de la copa y más adelante, después de todos los acontecimientos que sucedieron, ellos llegaron a entender completamente que Jesús, en esa noche, la noche en fue entregado dejó una señal, dejó una prueba de su presencia permanente con sus seguidores al instituir el sacramento de la Santa Cena.

La Santa Cena, que es el otro acto sagrado que nuestra iglesia reconoce como Sacramento porque, de acuerdo a la definición dada, cumple las condiciones para ser considerado como tal: Es un acto sagrado porque se realiza dentro de la comunidad de creyentes, o sea personas que han venido a la fe salvadora de Cristo, han recibido el Santo Bautismo y ahora, en obediencia gozosa participan dentro de la comunidad de fieles creyentes, del verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, los cuales son recibidos en, con y bajo los elementos terrenales de pan y vino consagrados por la Palabra de Dios, en el Sacramento del Altar, Santa Comunión, Eucaristía o Partimiento del Pan, según sea el nombre con el que estemos más familiarizados según nuestra tradición.

LA PRESENCIA REAL DE CRISTO EN EL SACRAMENTO DE LA SANTA CENA

Todas las iglesias realmente cristianas creen, confiesan y enseñan que en el Sacramento de la Santa Cena Cristo está realmente presente para ofrecer al creyente el beneficio de su cuerpo y su sangre, sin embargo, hay una diferencia de interpretación en cuanto a cómo se realiza la presencia de Cristo.

La Iglesia Católica, tanto Romana como Griega, enseña que el pan y el vino son transformados en el cuerpo y la sangre de Cristo cuando el sacerdote pronuncia las palabras de institución, dicho de otra manera, que los sacerdotes, en virtud de su ordenación, tienen el poder de transformar la sustancia del pan y del vino en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo.

Por otro lado, según la interpretación de las iglesias reformadas, la presencia de Cristo en la Santa Cena no es de una manera personal sino de una manera espiritual, por lo tanto, los elementos del pan y del vino (jugo de uvas según algunas tradiciones) únicamente son un

símbolo del cuerpo y la sangre del Señor. El comulgante solo recibe pan y vino (o jugo de uvas en su caso) porque desde la ascensión de Jesús al cielo su cuerpo y su sangre no pueden estar presentes en la tierra. La presencia de Cristo en la tierra no puede ser más que una presencia puramente espiritual

La Iglesia Luterana, por su parte cree, confiesa y enseña que Cristo está realmente presente en la Santa Cena, que el comulgante recibe juntamente con el pan y con el vino, en virtud de la unión sacramental por el poder de su palabra, el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo.

El pan sigue siendo pan y el vino sigue siendo vino, es decir que la sustancia de las dos especies no es cambiada o transformada, pero de una manera misteriosa y milagrosa, el comulgante participa del verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo.

Sin querer entrar en discusión en cuanto a las otras dos maneras de interpretar la presencia de Cristo, veamos en que se funda nuestra iglesia para su enseñanza. Según lo expresa 1 Corintios 11:27, el apóstol Pablo enseñando en cuanto a la indignidad al participar de la Santa Cena dice: “De modo que cualquiera que coma este pan y beba esta copa del Señor de manera indigna, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor.”

O sea que si alguna persona participa de la Santa Cena de manera indigna lo cual explicaremos más adelante a que se refiere esta expresión, no está comiendo ni bebiendo solamente pan y vino, sino que está participando del cuerpo y la sangre del Señor.

Esto quiere decir que no hay un cambio de sustancia, porque el pan sigue siendo pan y el vino sigue siendo vino, pero el cuerpo y sangre del Señor están realmente presentes porque quien participa indignamente no será culpable de pan y vino sino de cuerpo y sangre de Cristo.

El pan y el vino se encuentran en comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, por la unión sacramental la cual no es una unión personal como sería la unión de las naturalezas humana y divina de Cristo, ni es una unión mística como la que existe entre Cristo y el creyente, es una unión sobrenatural e incomprensible efectuada por virtud de la institución de Cristo. Esto es lo que hace al apóstol escribir: “Entendemos con esto, que según La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” (1 Corintios 10:16).

El Señor Jesús dio a sus discípulos el pan después de haberlo bendecido y partido y les dijo: “Tomen, coman, esto es mi cuerpo, que por ustedes es entregado; después tomó la copa y habiendo dado gracias les dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre que es derramada por ustedes y por muchos para remisión de pecados.”

Estas palabras de nuestro Salvador no pueden ser tomadas de otra manera sino como realmente fueron expresadas; Él no dijo, “Esto representa o esto simboliza mi cuerpo”, sino “esto es mi cuerpo”. Con esta declaración también se debe entender que el cuerpo del Señor está realmente presente con el pan y la sangre está realmente presente con el vino, es por eso que todo comulgante sea laico o sea clérigo debe participar de los dos elementos, no solamente comer el

pan sin tomar el vino, porque al comer solamente el pan no se está participando de la sangre de Cristo como erróneamente enseñan algunos e impiden a los comulgantes laicos participar de la copa.

Otra cosa muy importante en relación a esto es que tampoco se debe adorar la hostia consagrada porque el mandato del Señor no fue adoren el pan. Él dijo: “Tomen y coman. Tomen y beban”.

LOS BENEFICIOS DE LA SANTA CENA

Vamos a hablar ahora sobre qué beneficios recibe el creyente al participar del sacramento de la Santa Cena.

Según el Catecismo Menor “los beneficios los indican las palabras ‘Por vosotros dado y por vosotros derramada para perdón de los pecados’ O sea, por estas palabras se nos da en el sacramento perdón de pecados, vida y salvación; porque donde hay perdón de pecados, hay también vida y salvación.”

El comulgante que se acerca a la “mesa del Señor” para participar en fe del sacramento recibe la confirmación del perdón de los pecados que el cuerpo y la sangre de Cristo nos ganaron en la cruz como lo dice Lucas 22:19b: “Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado.” Y Mateo 26:28: “porque esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada para el perdón de pecados para muchos.” Y también 1 Juan 1:7, “Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.”

Donde hay perdón de pecados, hay también vida y salvación. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” dice Romanos 8:32. Entendiendo bien la expresión “todas las cosas” en relación con el perdón de los pecados no podemos menos que reconocer que si nuestra situación sin el perdón es de muerte espiritual, por consiguiente, el perdón da vida en todo el sentido de la palabra pero especialmente vida espiritual, la cual incluye la paz de Cristo, la paz que no es la ausencia de problemas, aflicciones o conflictos sino que es la seguridad de que pase lo que pase, nada podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, la seguridad de que Dios siempre está en control de todo y que con Él somos más que vencedores.

Todas las cosas que Dios nos da con Cristo también incluyen regocijo verdadero, gozo espiritual el cual no depende de cosas o situaciones que estén a nuestro alrededor sino de lo que está en nuestro interior, en virtud de la gracia de Dios.

“Vida y salvación” significa también fuerza para resistir cualquier ataque que nos quiera obligar a hacer cosas contrarias a la voluntad de Dios. Y finalmente “vida y salvación” significa conocer y tener claro lo que es el propósito de Dios en la vida de cada creyente.

La salvación a la cual se refiere el Catecismo en relación al perdón de los pecados es la liberación del poder del diablo. Al ser liberados de la influencia de Satanás, entonces tenemos poder y valor para resistir sus ataques malignos y vencer las tentaciones. Entonces nuestra fe se

repone y fortalece para vivir una nueva vida de victoria sobre el pecado y el infierno. “Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia” (Romanos 8:10).

Otro de los beneficios que da el Sacramento de la Santa Cena es Unidad entre quienes participan del él y la oportunidad de dar testimonio de la comunión de fe que tenemos unos con otros. En 1 Corintios, el apóstol Pablo escribe: “Siendo uno sólo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan.”

En la Santa Cena los cristianos hacemos una demostración de que somos íntimamente ligados a Cristo, pero también de que estamos unidos unos a otros como hermanos y hermanas en el Señor. Reconocemos que quienes nos unimos ante el altar para recibir el sacramento somos de “un mismo sentir” unidos no solamente por la fe sino también por el amor a Dios y el amor unos con otros.

Esta demostración es una manifestación de la nueva vida que hemos recibido en el perdón de nuestros pecados, al arrodillarnos ante el altar y participar del mismo pan y de la misma copa sin diferenciación de raza, posición social, o género.

“Siendo uno sólo el pan.” Nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan. Comemos del mismo pan y bebemos de una copa. Y como todos participamos de un pan, todos somos un cuerpo. Especialmente en la Santa Cena los cristianos mostramos que todos, junto con Cristo, somos un sólo cuerpo del cual Cristo es la cabeza y nosotros los miembros.

¿QUIÉN PUEDE COMULGAR?

Anteriormente mencionábamos lo que el apóstol Pablo escribió en la primera carta a los Corintios en relación a “comer y beber indignamente” del pan y de la copa en la Santa Cena.

Para poder explicar esto sin que se malinterprete la condición de “dignidad” vamos a ver qué dice el texto bíblico en 1 Corintios 11:28-29: “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del señor, juicio come y bebe para sí.”

Lo que el apóstol está diciendo con esto es que el Sacramento de la Santa Cena es un medio de gracia para personas que son creyentes en Cristo. La promesa se da en virtud de la palabra de institución del Señor, pero el beneficio se recibe por la fe. En otras palabras, el ser digno o indigno de recibir el Sacramento no es cosa de tener o no tener algún mérito personal por parte del comulgante, o que sea necesario hacer algo previo para ganar el “derecho” de recibir el Sacramento del Altar.

La dignidad o indignidad de participar del cuerpo y sangre del Señor tiene que ver con el hecho de creer o no creer en las palabras de la promesa, y en conocer el significado bíblico de lo que es participar del Sacramento, sabiendo “reconocer” la presencia real de Cristo y el beneficio que se ofrece al comulgante.

Por eso el consejo del apóstol es “pruébese cada uno a sí mismo” o dicho de otra manera, examínense a sí mismos en el sentido de estar seguro si uno cree que las palabras de Jesús “Dado y derramada por vosotros para perdón de pecados”, no son únicamente una repetición sin sentido de la fórmula de institución, sino que es la promesa de Cristo para todos los creyentes como parte de su cuerpo y para cada persona en sentido individual, que cree que estas palabras se las dice Jesús a él o ella de manera íntima y personal.

Este autoexamen, según el Doctor Martín Lutero, incluye lo que podría llamarse una “concientización” de mi situación delante de Dios tomando como ejemplo lo que aparece en las preguntas cristianas del Catecismo, y que se refieren a no perder de vista el hecho de que mientras vivamos en este mundo estamos expuestos a los ataques de nuestra propia carne y sangre, del mundo que nos rodea y del diablo. De esto tenemos amplia información en Gálatas 5:19-21: “Ahora bien, las obras de la carne son evidentes. Estas son: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, de las cuales os advierto, como ya lo hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios.” Y en Romanos 7:18 tenemos esta reflexión: “Yo sé que, en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien. Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.”

El mundo que nos rodea es una influencia que trata de alejarnos de la fe en Cristo “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros”, Dice el señor Jesús en Juan 15:18. El apóstol Juan también nos aconseja: “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo -los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida- no proviene del Padre sino del mundo...Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 2:15-16; 15:19).

En tercer lugar, dice el doctor Lutero, seguramente tendrás al diablo cerca de ti, quien con mentiras y asechanzas de día y noche no te dejará en paz interior ni exterior. “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis satisfacer los deseos de vuestro padre. Él era homicida desde el principio y no se basaba en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo propio habla, porque es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8:44); “Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar. Resistid al tal, estando firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos se van cumpliendo entre vuestros hermanos en todo el mundo” (como dice 1 Pedro 5:8-9).

Teniendo esto en mente y conscientes de la realidad de que nuestra propia naturaleza humana, y todas las cosas que nos rodean pueden ser utilizadas por el diablo como armas mortales que atacan nuestra fe, la necesidad de fortalecernos espiritualmente nos dirige a apropiarnos con convicción de la promesa de auxilio que Dios nos da en Cristo por medio de la participación en la Santa comunión.

Creer esto nos guía al siguiente paso que es creer las palabras de la promesa “Dado y derramada por todos vosotros para perdón de pecados”. Entonces como resultado de lo anterior, vamos a lamentarnos de nuestro pecado y vamos a confesarlo a Dios en una confesión

comunitaria en la congregación de fieles creyentes, pero a la vez una confesión personal y privada cada quien con Dios.

Lamentación y confesión deben ser dos actos inseparables porque el sólo sentir pesar por haber ofendido a Dios no es suficiente, hay que sentir pesar pero también hay que arrepentirse y esto quiere decir, declarar que somos conscientes de nuestras culpas y que estamos confiando y creemos en nuestro Salvador Jesucristo, quien tomó nuestro lugar en el castigo que nosotros merecíamos a causa de nuestros delitos y transgresiones y que Él, mediante el Sacramento de su cuerpo y su sangre en la Santa Cena nos ofrece el beneficio que él logró por nosotros, esto es Perdón de pecados, vida y salvación.

Este acto de fe incluye también una determinación en la cual, firmemente nos proponemos, con la ayuda del Espíritu Santo, cambiar y enmendar nuestra vida pecaminosa de aquí en adelante para lo cual el participar frecuentemente del Sacramento será muy importante para mantener nuestra fe fortalecida y nuestro espíritu presto a hacer las cosas de acuerdo a la santa voluntad de Dios.

PRIVILEGIO DE LOS CREYENTES

El Sacramento de la Santa Cena es un privilegio de todos aquellos que han sido bautizados en la fe cristiana, que viven en fe y obediencia como discípulos de Cristo, que creen y confiesan recibir el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo con el pan y con el vino de acuerdo a la enseñanza pura de la Biblia.

Quienes habiéndose examinado a sí mismos, reconocen sus pecados, y se arrepienten sinceramente de ellos como nos instruye la Sagrada Escritura, y están dispuestos a perdonar a quien les haya ofendido, como lo manda nuestro Salvador. Quienes creen que por este Sacramento les es ofrecido el perdón de todos sus pecados como lo promete el Señor Jesús en sus palabras “Dado y derramada por ustedes”, y quienes se proponen, con la ayuda del Señor, enmendar su vida de pecado.

De acuerdo a lo anterior explicado y teniendo en mente las palabras de 1 Corintios 11:29 en las cuales se nos previene de no recibir la Santa Cena para juicio, es la responsabilidad de quienes administran el Sacramento, de proteger a quienes voluntaria o involuntariamente podrían estar en peligro de sufrir en sí mismos la consecuencia de una actitud guiada por la ignorancia o por una falsa enseñanza.

Por eso, todo cristiano debe conocer estos principios para su propio beneficio y para ayudar a sus hermanos en la fe.

El Catecismo Menor nos instruye sobre esto de la siguiente manera: El Sacramento del Altar no se le debe dar a aquellos que son abiertamente impíos y no se arrepienten, incluyendo aquellos que toman parte de adoraciones religiosas no cristianas.

El Sacramento del Altar no se le debe dar a aquellos que no quieren perdonar, y rehúsan reconciliarse. Ellos demuestran que no creen que realmente Dios los perdona.

El Sacramento del Altar no se debe dar a aquellos que no confiesan la misma fe, porque la Cena del señor es un testimonio de unidad de la fe.

Finalmente, el Sacramento del Altar no se puede dar a aquellos que no pueden examinarse a sí mismos, como los niños pequeños, los que no recibieron instrucción adecuada, o los que están en estado inconsciente.

Ampliando un poco más lo que dice el Catecismo, entendemos que, en la primera designación, están incluidas aquellas personas que, aún habiendo escuchado el Evangelio, no reconocen su situación pecaminosa delante de Dios y no aceptan su necesidad de ser redimidos por la sangre de Cristo. Hay veces que nos encontramos con personas que se confiesan a sí mismos como creyentes en Dios pero que no quieren comprometerse con Cristo aduciendo que ellos no necesitan ser perdonados porque realmente no son pecadores: “No hago mal a nadie, ayudo a mis semejantes, soy un buen ciudadano, etc.”, es su argumento en contra de la oferta de perdón en Cristo.

Algunas de estas personas van a la iglesia, cuando son invitados por motivo de una celebración como un Bautismo, u otro acontecimiento de tipo social-religioso, por alguna razón algunas veces ellos se acercan al altar para tomar la Santa Cena. Es en éstos casos en los cuales el pastor debe ser muy sabio para saber que hacer o de qué manera enfrentar la situación. Por supuesto que el mandato bíblico es claro: “No se puede beber la copa del Señor y la copa de los demonios. No se puede participar de la mesa del Señor y la mesa de los demonios” (1 Corintios 10:20-21).

Por supuesto que alguien que participa en alguna secta religiosa que en su práctica y enseñanza contradice los puntos básicos de la fe cristiana, estaría en la misma situación de lo arriba mencionados y en la misma categoría tendríamos que poner a personas cristianas pero que en un dado momento se encuentran abiertamente viviendo en pecado sin intención de arrepentirse.

La segunda categoría tiene que ver con personas que, aún siendo miembros de nuestras congregaciones, por alguna razón guardan resentimientos en contra de alguien y no buscan la reconciliación para llegar al perdón: “Le perdono, pero no se me olvida lo que me hizo” es la manera de expresarse en ciertas ocasiones. De este tipo de personas podemos encontrar en nuestras iglesias y nuestro desafío como líderes es ayudarles a cambiar su actitud.

El siguiente punto toca un tema bastante delicado. En el primer segmento mencionábamos las tres diferentes interpretaciones que hay con respecto a la presencia real de Cristo en el Sacramento de la Santa Cena. Aunque nos reconocemos como hermanos en la fe porque compartimos los puntos básicos de la fe cristiana, en lo que respecta al Sacramento del Altar, cada una de estas tres tradiciones cristianas tiene su propia manera de interpretar.

LA SANTA CENA: PROCLAMACIÓN DE LA FE

No vamos hoy a discutir quién tiene la razón con respecto a lo anterior, pero veamos el siguiente ejemplo:

Se acercan al altar tres personas; una de ellas cree que en la Santa Cena en, con y bajo los elementos del pan y del vino, se encuentra el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo que dan la seguridad del perdón de todos los pecados y el fortalecimiento de la fe en Él.

Otra de las tres personas cree que la Santa Cena sólo es una ordenanza externa y que los elementos solamente son un símbolo o representan el cuerpo y la sangre de Cristo porque es imposible, según la razón humana, que el mismo cuerpo de Cristo que ascendió al cielo esté presente de una manera física en la Santa cena. Su presencia es una presencia espiritual.

La tercera persona, por su parte también cree que Cristo está realmente presente en el Sacramento por medio del cual Él le perdona sus pecados, pero cree que lo que está comiendo y tomando no es ni pan ni vino, sino que, por el poder del ministro, estos han sido convertidos en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo. Ya no es más pan, ya no es más vino.

Si alguno de nosotros fuera una persona incrédula y que por alguna razón pudiéramos saber lo que hay en la mente de cada uno de estos tres comulgantes y si alguien nos preguntara: ¿Hay unidad de fe aquí? Yo no me atrevería a decir que no hay unidad de fe en Cristo, pero tendría mis dudas en afirmar que hay unidad en cuanto al significado del Sacramento.

Para una persona incrédula esta sería una situación muy confusa, lo cual no le haría ningún bien a la proclamación del Evangelio.

Finalmente, según nuestro Catecismo nos instruye con respecto a no dar el Sacramento a quienes no pueden examinarse a sí mismos como por ejemplo los niños pequeños, personas mayores que no han sido adecuadamente instruidas o a personas en estado inconsciente. Esta es la razón por la cual hoy estamos hablando sobre este tema tan importante, para que cada uno de nosotros de aquí en adelante ayudemos a otros para que puedan disfrutar de la bendición que nosotros ya estamos disfrutando al participar del Sacramento de la Santa Comunión.

Instruyamos a nuestros niños según van creciendo, enseñemos a los nuevos creyentes ayudemos en nuestras congregaciones en las clases de Catecismo y Confirmación porque de esta manera cada uno de nosotros estará participando en la proclamación de la fe.

Antes de finalizar quiero dejar a ustedes unas palabras que el venerado y reverenciado padre de la iglesia primitiva, Crisóstomo dijo para contestar a la pregunta: ¿Porqué es motivo de tanto gozo para los cristianos creer y experimentar la presencia real de Cristo cada vez que participamos de la Santa Comunión?

San Crisóstomo dijo: “Este misterio hace un cielo en la tierra para ti. Vuela a las puertas del cielo, sí, al cielo de los cielos, y mira alrededor. Verás, entonces, las cosas que han sido dichas (esto es, acerca de la Eucaristía), porque lo que en el cielo de los cielos es lo más precioso de

todo, esto te mostraré en la tierra.

Porque, así como en los palacios lo más importante no son las paredes, ni el techo dorado, sino el cuerpo del rey sentado en su trono, así también en los cielos el cuerpo del rey es lo más importante de todo; pero eso tienes permitido verlo aquí en la tierra.

Porque no te muestro ángeles y arcángeles, o el cielo de los cielos, sino a aquel que es su Señor. Ahora entenderás cómo podrás ver en la tierra aquello que es lo más precioso en el cielo. No sólo verás, sino que también tocarás, no sólo tocarás, sino que también comerás, y habiéndolo recibido, volverás a casa.”

La Santa cena es un don preciosísimo que nuestro Señor Jesucristo, en su gran amor nos ha dado. Es la experiencia espiritual más gratificante porque combina todos los sentidos del ser humano con el ser espiritual y con el aspecto intelectual.

En la Santa Cena, el ser humano es expuesto a la gracia de Dios de una manera integral: Escuchamos las palabras de institución, vemos los elementos sobre el Altar, hacemos confesión de nuestra fe con nuestros labios, palpamos y sentimos en nuestra boca el pan y el vino y sentimos el aroma del sagrado recinto donde nos encontramos...y por último ponemos dentro de nuestro propio cuerpo el verdadero cuerpo y sangre de Cristo.

Nuestro espíritu es fortalecido, nuestro cuerpo está en contacto con Dios, su presencia se siente dentro del pueblo que viene con fe, humildad y devoción a recibir la prueba de su salvación por la fe en Cristo.